

## UN GRAN EXITO DE AGUSTIN DE FOXA

## ESPAÑOL: "Baile en Capitanía"

Al fin de la representación, cuando las muestras de entusiasmo del selectísimo público que había acudido al sábado último al estreno de "Baile en Capitanía" alcanzaban caracteres verdaderamente apoteósicos, el autor, don Agustín de Foxá, dirigió unas encendidas y oportunas palabras al auditorio. Vino a decir el joven y ya huete comediógrafo que su intento al presentar su nueva comedia dramática no había sido otro que el de ayudar al noble empeño de resucitar el casi extinguido teatro romántico, precisamente en la que fué su magnífica sede, y utilizando el juego de valores eternos y básicos en esta española, no género literario, los del amor y la muerte.

El conde de Foxá puede estar plenamente seguro de haber logrado este declarado objetivo esencial con su "Baile en Capitanía", y no sólo por parte suya y de su meritisimo trabajo, sino por parte del público que prestó desde la primera a la última escena máximo interés, simpatía, apetencia y comprensión declarando con ello el gusto espiritual que recibía con una obra ingeniosamente romántica y además en verso y sobre una acción netamente española. Y pues el público gusta y recibe con fruición este género literario, y si hay autores, como Agustín de Foxá, capaces de abordarlo con tan magníficos alientos, o quiebra rotundamente la lógica más elemental o estamos en el preciso momento en que puede y debe resurgir en nuestros escenarios ese arte dramático que tanta gloria prestó a nuestra literatura teatral en pasados tiempos.

Foxá, después de este su definitivo éxito, y, sobre todo, después de su ofrecimiento, queda obligado a servir—y no en plazo largo—una nueva muestra de su talento de comediógrafo, de sus altas dotes poéticas y su bien aquilatado sentimiento españolista. Nosotros estamos seguros de que cumplirá su solemne promesa y aguardamos esa nueva producción romántica con verdadero deseo y esperanza de que sea el anuncio del triunfo clamoroso de "Baile en Capitanía". Agustín de Foxá—digámoslo claramente—es uno de los contados literatos de la nueva generación en quien se pueden cifrar esperanzas de acierto, sea el que fuere el estilo teatral que aborde. No hay sino recordar que en menos de un lustro nos ha servido tres obras de verdadera jerarquía literaria y escénica: "Oul-Pin-Sing", "Gente que pasa", la comedia escrita en colaboración con José Vicente Puente, y este "Baile en Capitanía", que nos ocupa hoy. En todas tres ha dado muestra innegable de su originalidad y de su ímpetu renovador. Su bien cortada pluma se emplea triunfante por igual en la prosa que en el verso. Su fino instinto constructivo le lleva al dominio de la difícil técnica y aun de la picardía teatral, tan precisa para asegurar en el teatro los aplausos de ese público tan difícil siempre de captar y subyugar. Sus obras aun pueden ofrecer algún punto vulnerable, algún flanco o siquiera resquebrajo al descubierto, pero en lo esencial están logradas con facilidad, con gallardía, con cautivadora y juvenil audacia, que no rechaza el respeto a los cánones tradicionales, sino que los renueva y ajusta a los tiempos y gustos modernos. Agustín de Foxá es sencillamente todo un gran autor dramático, como es—y esto ya era sabido y proclamado desde hace tiempo—un excelentísimo poeta y un español que sienta en el centro de su corazón las grandezas de su raza y sabe de la veneración a las virtudes de su alma y a los hitos de su gloriosa historia.

Apoyada en ésta—pero elegantemente, sin necesidad de hacer del apoyo presión de "documental"—ha trazado el cuadro magnífico en que se mueven las figuras de su "Baile en Capitanía", ha enderezado una trama posible, veraz, humana y desde luego españolísima, y ha revestido el todo con bellos ropajes de inspiración lírica. Sin embargo—y a título de esperanzados e impacientes "colistas" en el turno que espera la nueva producción romántico-teatral ofrecida por Foxá—queremos apuntar algunos reparos sinceros y bien intencionados, con esa intención que induce al crítico a desbrozar caminos y "balizar" rumbo a aquellos a quienes conoce sobradamente preparados e inteligentes para no decir, por vanidad o engreimiento, los consejos o advertencias desinteresadas, o mejor dicho, hartamente interesadas, en mejorar lo que ya es bueno y casi perfecto. En "Baile en Capitanía", el pintor y el poeta abruman, coaccionan al dramaturgo. La acción fundamental se diluye, tuerce y hasta hay momentos en que casi se esfuma, menoscabada por el empeño en dejar bien delineadas, sombreadas y matizadas las acuarelas, y aguarfuertes, las estampas evocadoras de otras épocas, otros climas mentales y otras costumbres, ¡ay!, ya totalmente fuera de uso y vigor. Tan es cierto lo que decimos que los momentos cumbres, magníficos, hiperbólicamente bien logrados de "Baile en Capitanía" son precisamente aquellos en que Foxá pinta, dibuja, graba, cincela lugares, "casos" y "tipos" de aquella atrayente época isabelina. Así todo el acto primero, desarrollado en la estación del recién nacido "tren de la freesa"; así—y, sobre todo, porque este es para nosotros el mejor dibujo y estampa de la obra—el acto segundo, la estupenda estampa de la venta en el camino de las trochas navarras, escenarios de la contienda libero-carlista. ¡Qué magnífico desfile de tipos, con alma y vida, y tradición y perfume de realidad! ¡Qué bellamente descritos sus caracteres con sólo una docena de palabras! Y lo mismo decimos del poeta. Si Foxá hubiese tenido la suerte de dar su obra al Teatro Español cuando en éste brillaban los genios de nuestra declamación teatral romántica, ¡qué éxito el de sus magníficos alardes poéticos sus bellas imágenes ahítas de románticos giros, inefablemente musicadas por la sonoridad de la inspiración lírica! Desgraciadamente, aquella manera de declamar, de "decir" el verso teatralmente hoy está casi por entero desterrada de nuestros escenarios y sólo cuando esos bellos versos caen en boca de una actriz—como la señora Prendes, de largo estudio, dúctil talento y magnífica "solera"—alcanzan toda su eficacia conmovedora, impresionante, deliradora.

Pero la acción queda postergada. Diríase que aun la abruma y hunde. Más el esfuerzo—por otra parte meritisimo y plausible—de la dirección artística del actual Teatro Español para dar a esas estampas toda la grandiosidad que requiere su magnífica línea y colorido; con lo que los acentos, los decorados, los movimientos de masas están maravillosamente bien logrados pero, contribu-

yen a distraer la atención sobre el fondo y magma del drama mismo.

Hay, pues, que decidirse: o por la forma o por el fondo; claro está que sólo, desatender a ninguno de los dos esenciales elementos de ésta y de toda obra teatral; pero tampoco sin hacer que ninguno de ellos prepondere sobre el otro en forma tal que lo perjudique y achique. Y esto, a nuestro modo de ver, es el "pero" esencial que cabe señalar a "Baile en Capitanía"; lo plástico, la estampa, rebasa, empujeña a la comedia, a la acción; y cuando ésta quiere resurgir, sobreponerse, volver por sus fueros—como ocurre en la obra de Foxá a mediados del acto cuarto—ya es tarde para de nuevo cautivar y aberrar al auditorio, entre otras razones porque fué tan bella la parte descriptiva, pintoresca, objetiva, que no se aviene el público a abandonar ese camino de sugestión tan cautivante para empezar a pensar, a sentir, a conmoverse con el drama mismo, con la acción, con lo subjetivo.

Consideramos tan destacable el triunfo de Foxá que con verdadero placer continuaríamos horas y horas escribiendo cuanto su hermosa comedia nos sugiere. Pero es ya forzoso hacer parada. Diremos como final que Luca de Tena logró otro triunfo "de los suyos", es decir, insuperable, con la puesta en escena de "Baile en Capitanía"; que los decorados y los trajes y las luces, todo, en fin, es sencillamente bello y adecuado. Diremos asimismo que la interpretación fué limpia y digna, aunque salvo por parte de la citada señora Prendes y de Lloréns, y en algunos momentos de Alfonso Muñoz, no alcanzó mayores excelencias, aunque bien las merecía la obra. El señor Seoane—galán en quien vemos nosotros un futuro gran actor que cuenta con medios tan eficaces como su apostura, su inteligencia y su afán estudioso—no ha logrado romper la monotonía de su voz, excesivamente hundida en la tenebrosidad propia de un "barba" o actor de carácter, y así no pudo servir los momentos ultra líricos y exquisitamente románticos que el autor dió al tipo de Don Luis. Se olvidó el señor Seoane de que tenía que incorporar no menos que a un capitán lleno de juventud, de alegría de vivir, enamorado, alegre y audaz hasta el punto de motivar arrestos por haber rendido honores reales al frente de sus soldados a su "adorado tormento", y por olvidarlo adoptó una dicción "una octava más baja" de lo necesario y además "rengloneando" excesivamente las tiradas bellísimas de versos que se le confían y que se pierden por falta de aliento y porque no hay forma humana de convencer a nadie de que acabar todas las estrofas enfosándolas es el mejor modo de expresar la dicción romántica teatral. Sin gritar—que no hay para qué ni vendría a cuento en el Don Luis de "Baile en Capitanía"—alguna vez hay que acabar los parlamentos "arriba", en alto, como alguna vez conviene "dar la cara al público" y hacer llegar a éste la emoción de un oportuno gesto apasionado. Si no creyéramos al señor Seoane capaz de hacer todo eso bien sabe Dios que omitiríamos nuestra sugerencia; pero insistimos en que vemos en él a uno de los pocos actores jóvenes capaces de alcanzar, en justicia los primeros puestos de nuestra escena y de seguir la española gloriosa tradición declamativa.—ACORDE.